

1481

LAT 1481

7590

INFORMIL

CIENCIA DE LA
DOCUMENTACION

ENRIQUE KREIBOHM

SERIE B: EL LIBRO

PRESENCIA DEL LIBRO

NÚMERO 1

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMAN

OCTUBRE 1957

BIBLIOTECA CENTRAL

PROPOSITOS

Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Tucumán, inicia la publicación de Cuadernos sobre temas de *Ciencia de la Documentación*, en su afán de ser útiles a nuestros colegas bibliotecarios, así como al estudioso en general, haciendo fácil el acceso al conocimiento o a la práctica de disciplinas que han ido alcanzando *mayoría de edad*, pero cuya bibliografía aún no es suficientemente amplia, contribuyendo así a una mayor divulgación.

Estos Cuadernos de Ciencia de la Documentación abarcarían las siguientes materias:

Serie I. EL LIBRO, con estudios sobre su historia, su estructura interna y externa y su manufactura;

Serie II. LA BIBLIOTECA, que nos llevaría a estudios y prácticas que tienden a resolver la forma de que el libro llegue a manos del lector, o sea: la organización de una biblioteca, su catalogación y su clasificación;

Serie III. LA BIBLIOGRAFIA, con el estudio de la forma de facilitar la búsqueda de libros que necesita el estudioso, a la vez que orientar a la Biblioteca y al Bibliotecario en sus adquisiciones;

Serie IV. EL ARCHIVO Y LA DOCUMENTACION, que comprendería exactamente la organización de Archivos, estudiando además otras formas de la Documentación.

No buscamos definiciones, sino una síntesis temática de estos estudios, a fin de orientar sobre el alcance de nuestros propósitos.

Iremos publicando trabajos de colegas más experimentados, que desde ahora solicitamos, a la par de los de bibliotecarios de la Universidad

o de nuestras bibliotecas populares. Una Comisión asesora, que oportunamente daremos a conocer, aconsejará sobre los trabajos de estos últimos, que merecieran este estímulo. Con ello, a la par de formar un ambiente más favorable al cultivo de estas especulaciones, estimularíamos a elementos suficientemente capacitados, que no lo hacen por falta de una oportunidad como la que deseamos ofrecerles.

La inclusión de trabajos de profesionales destacados, como decíamos, serán a la vez que una voz de aliento a la tarea que iniciamos, la palabra rectora que todos y siempre, deseamos escuchar.

Tienen la palabra colegas y amigos de la nuestra, de próximas y de lejanas tierras.

LA DIRECCION.

San Miguel de Tucumán. junio de 1957.

E N R I Q U E K R E I B O H M

PRESENCIA DEL LIBRO



Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional por el Director de Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Tucumán, en su calidad de presidente de las IV JORNADAS BIBLIOTECARIAS ARGENTINAS, en el acto de clausura de las mismas, el día 15 de setiembre de 1956.

PRESENCIA DEL LIBRO

"Toda colectividad de Occidente ha menester hoy de un cierto número de médicos, de magistrados, de militares... y de *bibliotecarios*. Y ello porque, según parece, esas sociedades tienen que curar a sus miembros, administrarles justicia, defenderse y *hacerlos leer*". (1).

Ortega y Gasset.

I. La Cultura y el Libro

Cuando recorremos ansiosos las páginas de una Historia de la Cultura (2), mejor dicho, cuando acudimos a esa historia procurando documentarnos sobre lo que el libro ha sido o ha significado a través de las distintas épocas de la vida humana, nos sorprende no encontrar mencionado, *de paso* al menos, a este modesto objeto —a veces tan pequeño— que tanto encierra entre sus páginas: la vida del hombre, de la sociedad o la de las naciones o pueblos, sea en sus afanes de existencia misma o en los de superación, que es decir precisamente la historia de todos los factores de la cultura o, más aún, su esencia misma.

Desde luego, debemos reconocer que el libro está allí presente y, a veces, es él mismo quien nos habla.

Previamente y, a fin de precisar conceptos, para una mayor comprensión entre nosotros, hemos de aclarar que entendemos por *cultura* a la "manifestación en diversos planos, de la actividad del hombre por

(1) Ortega y Gasset, José. — El libro de las Misiones. La misión del bibliotecario. Colec. Austral. Espasa-Calpe. Bs. Aires, 1940. pág. 21.

(2) Weber, Alfred. — Historia de la Cultura. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1945.

mejorar" (3). Una Historia de la Cultura sería pues, una síntesis de la del Hombre *actuando* para lograr ese fin y que, tras de esa ansia infinita y tan propia de su condición de *creador*: su anhelo de perfección, ha de valerse de medios humanos —conquistas, fundaciones, emigraciones, etc.— que no dejan de ser otra cosa que episodios de esa marcha ininterrumpida para mejorar vida, habitación, poblaciones, etc.

El arado, el libro, la vivienda, o en otra forma: el trabajo del hombre, sus pensamientos o ideas —con su innato temor a lo desconocido—, su alimentación, sus vestidos, su necesidad de protegerse de la intemperie o de los enemigos, son factores de cultura a la par de sus luchas, sus conquistas, sus descubrimientos.

Este mismo historiador, Ballesteros Gaibrois (4), nos dice luego: "que no se hallarán (en su tratado) clasificaciones de carácter técnico, detalladas referencias a obras de tales o cuales autores literarios, descripciones de utensillos, etc., sino la integración de todos estos elementos en grandes cuadros de conjunto que permitan captar rápidamente y en bloque el ser de cada tiempo y de cada tierra y sus habitantes".

Con ello el mencionado autor no solamente nos contesta respecto a la omisión señalada, sino que hace resaltar lo que nos interesa: la importancia del libro como factor de cultura y su presencia a la par de cada momento histórico.

II. El libro, amigo del hombre

Libro amigo!... Al invocarlo ahora tal como lo hacían los clásicos al frente de sus obras, con los manes tutelares del hogar, de la historia o de la patria, para que los guiaran e inspiraran en sus empresas, lo hago pensando en un algo protector o mentor común que todos conocen y quieren, el amigo de todo momento de todos y cada uno de nosotros. Es que pienso y creo firmemente que ya no puede haber, que ya no quedan casas sin libros y, que aquel que nada leía, ha dejado de ser, de existir entre

(3) Ballesteros Gaibrois, Manuel. — Historia de la Cultura. Edit. Pegaso. Madrid, 1945, pág. 28.

(4) Ballesteros Gaibrois. Op. citada, pág. 314.

nosotros, en este siglo que ha llegado a transformar el *cógito, ergo sum* cartesiano, en un *leemos, luego existimos*.

Es este convencimiento profundo del ansia ascensional, justificando la existencia cuando leemos, lo que hoy me trae hasta ustedes, para hablarlos del libro, acaso a través de una visión mediterránea, con un acento posiblemente provinciano, pero refiriéndonos a un tema que nos es común y, en un idioma que entendemos todos: ese nuestro afán de superación espiritual, que guía nuestro sacrificado pero noble esfuerzo porque el libro esté al alcance de todos y, más que nada, ese algo que nos habla elocuentemente de una *misión del bibliotecario* identificada en nuestro confesado —*peccata minuta*— y nunca desmentido amor al libro.

Y bien, hablemos entonces de este buen amigo nuestro, inspirándonos en el deseo de que todos lleguen a gozar de su amistad.

Pero, permítaseme aclarar antes, que mi intención no es hablar del libro tal como el químico pudiera hacerlo de sus retortas o pipetas, el médico de su bisturí, el maestro del pizarrón o del abecedario, el pintor de sus telas o pinceles, el poeta del endecasílabo o de los versos pareados, el soldado de una arma de mayor precisión, o el relojero de la espiral del volante o del eje. Mi deseo y mi propósito es conversar con ustedes del libro como de un elemento común a todos, del libro que es distracción o búsqueda de la perfección humana; que es divulgación de conocimiento o material de especulación científica; que es tónico de la voluntad o camino abierto hacia un ideal; que es canto o es grito de rebeldía social; del libro, en fin con el que nos encontramos todos, a cualquier hora o en las más diversas circunstancias, todos los días: del *libro en servicio de cultura*.

No creo necesario que tengamos que precisar o definir lo que es un libro, pero el hecho de hablar de él nos recuerda el maravilloso descubrimiento que hiciera Ortega y Gasset al respecto: "Hace veintitrés siglos —dice— que en el *Fedro* se esforzó Platón por dejarlo esclarecido; abre allí y tramita todo el proceso del libro. Releed ese maravilloso diálogo donde se define el ala, se define el ángel, se define el alma, se define el libro" (5).

Según la definición dada por Platón, los libros son *decires escritos* "y decir, claro está —agrega—, no es sino una de las cosas que el hombre

(5) Op. citada, pág. 51.

hace". Luego añade, aclarando la definición platónica: "El libro es, pues, el decir ejemplar que, por lo mismo, lleva en sí esencialmente el requerimiento de ser escrito, fijado, ya que al quedar escrito, fijado, es como si virtualmente una voz anónima lo estuviese diciendo siempre, al modo que los "molinos de oraciones", en el Tibet, encargan al viento de rezar perpetuamente".

En un principio era el verbo...

Ya nos lo decía ayer Jorge Luis Borges ⁽⁶⁾ en su conferencia sobre la historia del libro, en esas notables valoraciones que hizo a través del tiempo para llevarnos hasta ese momento de la antigüedad clásica, en que lo "escrito pasa a ser lo sucedáneo de lo oral".

Y estos decires escritos, decires ejemplares, sucedáneos de lo oral, que son nuestro material de trabajo, son los auxiliares maestros que vienen también a guiarnos en este decir modesto, de cuanto sabemos o cuanto le debemos al libro, los bibliotecarios.

Concretando: al hablar del libro, lo hacemos pensando en ese volumen abierto, lleno acaso de guarismos marginales y ubicado entre matraces y retortas; hablamos de ese otro lleno de llamadas y notas a lo largo de sus páginas, abierto al pie de la lámpara encendida a altas horas de la noche, a la par de cuartillas que también se van llenando con nuevas ideas, nuevas concepciones filosóficas que nos han de descubrir algo así como un nuevo mundo dentro de nuestro mundo; o de aquel que comparte inquietudes y desvelos del futuro profesional; o de ese otro que nos acorta la angustiada noche, o del que nos acompaña en los viajes y, porqué no también? de ese otro lleno de láminas, con letras grandes, con palabras tan próximas a nuestros cariños o sueños infantiles y que han sido la llave que nos ha llevado hasta los otros libros.

III. La presencia del libro

La presencia del libro se hace evidente, más que como sombra, más que como prolongación del hombre, como una consubstanciación o como su representación misma, desde los tiempos más remotos.

(6) Conferencia pronunciada por Jorge Luis Borges en la sala de la Biblioteca Nacional en el acto inaugural de las IV Jornadas Bibliotecarias el 13|IX|1956.

Ya está presente en el momento en que se evidencian aquellos destellos primarios de la mente humana: el descubrimiento del fuego o del hierro, registrados como signos de su evolución en ese documento —forma primaria del libro— que a través de signos, figuras o colores, sean las inscripciones de Behistun, las pinturas de la cueva de Altamira, o las tabletas de arcilla del rey Asurbanipal, nos hablan de vida, hechos o costumbres de los hijos de Adán, marchando adelante, camino de la civilización.

Y el libro se manifiesta, comparece como al conjuro de los mismos guías de la humanidad que lo alientan o inspiran, ligados estrechamente a cada una de estas figuras cumbres, señalando la presencia o recogiendo el eco de la voz de un Budha, un Confucio, un Moisés, un Cristo o un Mahoma.

Y se advierte la presencia del libro cuando, a través de los años seguimos escuchando la voz de un Hammurabi, un Aristóteles, un Justiniano, un Leonardo, un Leibnitz o un Darwin.

Y esa misma presencia se multiplica como en millares y millares de facetas de variada polieromía que se acrecienta a lo largo de los siglos, mostrándonos ora poemas, novelas o fantasías escénicas, ora disquisiciones o teorías filosóficas, o revistas y premisas de principios científicos: Homero, Dante, Byron, Goethe, Cervantes, Víctor Hugo o Dickens; Esquilo, Shakespeare o Ibsen; Spinoza, Descartes o Kant; Pitágoras, Bacon o Pasteur.

Otras veces toma vida propia con las grandes figuras de la Historia, sean Alejandro o Napoleón; Marco Polo, Colón o Magallanes; San Martín, Bolívar o Washington.

Con el libro cobran vida también, épocas, hombres o pueblos, modificando a veces conceptos clásicos, que resultaron equivocados. Así Gibbon, Darwin, Humboldt, Champollion, Einstein o Frazer.

Es el libro llamando al libro. El hombre de todos los tiempos, para legarnos la obra incomparable de sus desvelos y preocupaciones, ha necesitado de libros y más libros. Ya no pudo prescindir de ese tesoro bibliográfico que viene de siglos y que a través de ellos sigue acrecentándose. Así se pudo decir que “si Gibbon hubiera vivido en América, nunca hubiera podido escribir su “Decadencia y caída del Imperio Roma-

no" ⁽⁷⁾ porque en esa época (1840), en este hemisferio distabamos mucho de poseer bibliotecas tan ricas como las de Europa.

Así también cuando un descubrimiento arqueológico como el de Champollion da origen a toda una biblioteca. Ballesteros Gaibrois en la obra citada ⁽⁸⁾ dice: "La bibliografía a que ha dado lugar esta inquietud científica ocupa hoy bibliotecas enteras".

El libro ha estado presente siempre, inspirando actos o ideas, llevando a unos por la senda de los descubrimientos científicos, convirtiendo a otros a la fe, ofreciendo a todos las soluciones a tantos y tantos problemas del mundo.

Hay quienes duermen con un Kempis bajo la almohada y, otros que llevan permanentemente consigo al "filósofo de los bosques" ⁽⁹⁾ o los que leen a diario la Biblia y los que desayunan con un Shelley, y hay también quienes trabajan siguiendo a Einstein y los que se entregan íntegramente a la interpretación de Kant o de Platón.

Y así de época en época de la historia llegamos hasta hoy en que el libro se multiplica, nos rodea por todas partes y hasta se adentra en cada uno de nosotros.

Y ya no es posible prescindir del libro.

Ya nos lo dice Ortega y Gasset ⁽¹⁰⁾: "Hemos llegado, pues, en el proceso de la historia, en el proceso de la vida humana europea a la fase en que el libro se ha hecho una necesidad imprescindible. Sin ciencias, sin técnicas, no pueden, materialmente, existir estas sociedades tan densas de población y con tan alto nivel de vida. Mucho menos pueden vivir moralmente sin un gran repertorio de ideas".

IV. Del tiempo para leer

Decir que no se tiene tiempo para leer, nos parece un contrasentido, algo así como una aberración de la época. No podemos aislarnos de tal modo que no llegue hasta nosotros la voz del mundo, ni hemos de come-

(7) Carnevsky. — Introducción a la Práctica bibliotecaria. A. L. A. Chicago, 1941, pág. 7.

(8) Op. citada, pág. 341.

(9) Thoreau, David Enrique, escritor norteamericano (1817-1862), llamado así por su obra "Walden o la vida en el bosque".

(10) Op. citada, pág. 33.

ter la torpeza de cerrar la puerta al amigo. Porque el libro es la voz de la humanidad que resuena desde un día fabuloso del medioevo germano en que Gutenberg le da un soplo mágico, el *ahora vive*, con sus tipos sueltos y porque el libro es el amigo que llega a nuestra puerta, modestamente y, sin pedirnos nada, nos lo da todo.

La vida agitada o de prisa, por mucho que nos absorba el tiempo, nos brinda también minutos de soledad y de reposo mental, minutos de tranquilidad que son sólo nuestros y que tienen el valor de un tesoro que debemos cuidar. No todos podemos como el filósofo de los bosques, huir de la civilización y entregarnos a una vida sin dependencias ni tiranías, pero sí conquistar y mantener esos *momentos nuestros*, en que podemos ser nosotros mismos, leyendo o reflexionando.

El tiempo para leer, no puede faltar para nadie, porque no podemos considerarlo tiempo perdido. Es tiempo necesario, imprescindible, casi diríamos *sagrado*. Lo exige tanto la actividad social, como la artística o la científica. El que investiga, el que piensa, el que sueña, necesita del libro como del aire, de los alimentos o del descanso.

El tiempo que pasamos con el libro es no solamente en beneficio nuestro, lo es también de la humanidad. Todo lo que aprendemos y el mismo saldo que nos deja la buena lectura, ha de transformarse más tarde en palabras o actos ejemplares, aún sin que nos lo propongamos. Aquellos decirs ejemplares de ayer, se convierten hoy en el *decir las cosas bien*, de Rodó.

Y he ahí al maestro, al catedrático, al escritor que están diciendo *su decir*, en beneficio de los demás.

Debemos cuidar celosamente ese derecho a disponer siempre de ese *tiempo para leer*. Creo que a los que desespera o abruma lo "mucho por hacer", más que decirles que "pongan en hora su reloj", habría que aconsejarles que "arreglen su horario" a fin de que el tiempo para leer, no les falte nunca!

Sí, que no les escame o arredre lo que le ocurriera al ilustre manchego "que del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro", porque ello es justamente lo que abrió las puertas a las maravillosas andanzas de Alonso Quijano. Y, no son precisamente Quijotes los que sobran...

Para matizar un poco, permítaseme en este momento recordar una anécdota personal. Quiero evocar así de como por los libros, llegué hasta una gran amistad:

Había dado por aquel entonces (1942), a "Picada", revista de Santiago del Estero, un cuento sobre motivos infantiles y, poco después, en un homenaje a Waldo Frank, alguien se me acercó diciendo: "Yo lo conozco a Ud. a través de un cuento suyo (se refería al citado trabajo); no se me ha podido borrar, agregó, la impresión particular que me produjera la descripción que allí hace de la que para mí, es su casa y de paso, la mención de las protestas de su esposa porque en ella hay libros por todos lados, desde el comedor a la cocina. Y siempre lo imaginaba así, entre libros, cuando alguien lo mencionaba".

Era don Jorge W. Abalos ⁽¹¹⁾.

Pero mi cuento, es un cuento con moraleja, porque me veo obligado a aclarar sobre una "supuesta paternidad" acusada en las citadas narraciones. Hablando en primera persona, me refiero en ellas a hechos ocurridos a los niños, o entre ellos, interviniendo en cada una tres personajes por lo menos. Hagan ustedes un cálculo: multipliquen diecisiete, que son las narraciones, por tres y verán cuán equivocados están los que me asignan tan exagerada paternidad. Ni que fuera un solemne patriarca mormón con toda la barba...

Y como un *bocado es con otro ayudado*, y que uno no es ninguno, o que *el apetito viene comiendo*, una anécdota trae otra a la cola, y así la anterior me recuerda una situación parecida a la de mi cuento, debida esta vez a la pluma del insigne escritor mexicano don Alfonso Reyes:

En un artículo sobre los "libros animados", de los de "Las burlas veras" ⁽¹²⁾, sabroso anecdotario de su vida de escritor, se refiere al momento en que el profesor Teufelsdröck, héroe del "Sartor Resartus" de Carlyle, "cuando los libros que crecen sin cesar y se meten por todas partes, amenazan echarle de su casa".

"¿Y si dijera yo —agrega— que esto le pasó, casi a la letra a nuestro sabio y llorado maestro don Ezequiel A. Chavez, cuando vivía en la calle de Roma y tuvo que alquilar sucesivamente dos casas vecinas, porque la primera se la arrebataron los libros?".

(11) Abalos, Jorge W. — Escritor argentino que además de numerosos trabajos científicos, y dos textos de lectura en colaboración con el prof. Octavio Corvalán, tiene en su haber literario: "Cuentos con y sin víboras", "Shunko", "Animales, leyendas y coplas", etc.

(12) "Vida Universitaria" de la Universidad de Nuevo León, México N° 264 año 1956.

Y termina preguntando: “¿Y si confesara yo que sé de alguien a quien, de la noche a la mañana, puede sucederle otro tanto?”.

V. *Libros buenos y malos*

Mucho se ha hablado de libros buenos y malos, para que insistamos. Además, el tema no nos atrae. Hablan más de ello los que dicen que “se pierde el tiempo leyendo”, porque alguna vez le cayera en suerte un libro inadecuado a su gusto o condiciones espirituales del momento.

Y no me parece bien hablar de libros buenos y malos, cuando las guías de lectura, que tienden a señalarnos lo mejor, siguen multiplicándose y se han sucedido a través de los años, hasta el punto de que nos faltaría tiempo para leer solamente lo que nos indicaron media docena de ellas y, aún siendo muy exigentes, debemos reconocer que lo que pasando por tamices de siglos, ha perdurado y mantiene la supremacía —inamovibles como hitos seculares— es tanto y tanto, que no alcanzarían vida sobre vida de tres Matusalenes para abarcar esa biblioteca ideal, selección de selecciones.

Por otra parte, ya sabemos quienes son los que abusan y manosean esto de libros buenos y malos. Por ese lado sólo vemos discriminaciones y censuras cabalgando sobre una intención. Intención muy otra que la que inspirara el “denoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo”.

Hablar de libros buenos y malos, huele a piras inquisitoriales o nazistas. Tras las columnas de humo de esas fogatas de vergüenza y duelo del mundo civilizado, doloridos, vemos alzarse las figuras de un Galileo o de un Servet, y corremos angustiados a abrazarnos a la bandera de la Libertad, que es la insignia que une a los que piensan, a los que luchan silenciosamente desde el laboratorio, la cátedra o el libro, por un mundo mejor.

Hablemos pues solamente del Libro en sí, del libro a secas, sin calificativos, sin discriminaciones, sin censuras.

VI. *La Biblioteca, selección de libros*

Si queremos leer únicamente libros selectos, vayamos a las bibliotecas. Ellas son en síntesis, una selección de libros que se ha formado a lo

largo de los años, afluyendo a ellas un caudal proveniente de las más diversas fuentes, originadas ya selectivamente.

Quizás más que procurar selección, el fondo del asunto resida en leer bien, como dice Thoreau: "Leer bien esto es, leer libros verdaderos—con espíritu verdadero es un noble ejercicio de los apreciados por la moda. Requiere una preparación semejante a la que conviene a los atletas, la firme dedicación casi de la vida entera hacia ese objeto. Los libros deben ser leídos tan reflexiva y recatadamente como fueron escritos" (13).

Vayamos pues a las bibliotecas. Oigamos esa su voz que nos llama urgiendo nuestra ayuda. Colaborando con ellas hagamos posible para otros también, esa enorme satisfacción que es llegar a ellas, curiosear en sus estantes, elegir un libro y sentarnos cómodamente a adentrarnos en su aventura, en su pensamiento, en la vida que revive en sus páginas, encerrados, aislados en absoluto del exterior agitado y ruidoso y darnos ese baño espiritual que se nos brinda con tanta facilidad.

Recordemos que las bibliotecas cumplen una misión nobilísima y es necesario ayudarlas. Tengamos presente siempre que cuanto hagamos por ellas, lo hacemos guiados por el "concepto de que es una de las más imperiosas exigencias colectivas, un medio de perfección y utilidad social de incalculable alcance", como dice nuestro filósofo don Francisco Romero (14).

Después de 25 años de bibliotecario, no podrían ustedes comprender cuan grato es el momento que vivo al encontrarme por ahí, con profesionales recibidos que han hecho sus estudios, que han cursado sus carreras con libros de nuestras bibliotecas y, sobre todo, que tienen placer en recordarlo. Y cualquier bibliotecario podrá decir cuantas veces y a cuanto pichón de historiador, cuando no a historiadores con mayúscula, se les ha salvado de naufragios horrendos con un dato bibliográfico oportuno o un libro desconocido para ellos o buscado inútilmente durante años. También podrían informarnos de las veces que habrán dado una mano a maestros, periodistas, legisladores y de seguro que podríamos presentar toda una biografía novelada, en cierto modo anecdótica y aca-

(13) Thoreau. — "Walden o la vida en los bosques". Edit. Emecé, Bs. Aires 1945, pág. 105.

(14) "Bibliotecas vivas" en: *La vida literaria*, Bs. Aires, N° 25, octubre-noviembre 1930.

so con algunas notas picarescas de la vida y pasión de una biblioteca modesta.

Así son por lo menos los recuerdos que viven conmigo. Verdad es que hubo de todo en este permanente depender o actuar cerca del libro; hubo momentos amargos —que los hubo tristes, penosos a veces— pero a todos ellos los dí hace tiempo al olvido, pues son los momentos amables —que también los hubo— los verdaderamente dignos de conservar en el recuerdo

Quiero evocar ahora uno de esos momentos, que sin ser del todo amables, valen acaso por la intención o el tono picaresco de la misma y, sobre todo, por referirse a selección de lecturas precisamente.

Audió una vez a cierta biblioteca a mi cargo, una persona —ya mayorcita— que deseaba leer, dijo, pero que quería hacerlo en base a mi consejo.

Demás está decir que, sintiéndome *tocado*, como vulgarmente se dice, aflorando un poco de vanidad —que no falta— me llevó a adoptar una pose de circunstancias y, con todo esmero fuí indicándole obra tras obra, haciendo acopio de datos biográficos de los autores y hasta una explicación somera del contenido de cada una, que variaban desde las de viaje, las biografías, las novelas más famosas, etc., hasta algunas de divulgación científica garantidas por un buen sello editorial, y aún agregué algunas obras ya clásicas en su género como “La Soledad” de Zimmermann, el “Diario íntimo” de Amiel, el “Walden” de Thoreau, etc., etc.

Hice derroche de entusiasmo ofreciéndole toda una selecta biblioteca quedando ansioso a la espera de la decisión del lector. Pero, ¿saben ustedes como terminó aquello? Pues, confesándome el *quidam* aquel “que sólo le interesaban ciertas novelas en que había, por supuesto, situaciones escabrosas...”

Bien. Dejar a un bibliotecario que hable de libros es cosa arriesgada en extremo, como lo habréis visto, declaración que ustedes deben entender como que con ello quiero dejar en paz a mi conciencia...

VII. De la misión del bibliotecario

Y para terminar, pues si bien el tema me lleva, el temor de cansaros me acorta, quiero dar fin a esto que llamaríamos con más propiedad

una *charla*, haciendo una especial referencia a esa misión del bibliotecario que Ortega y Gasset concreta en el *hacer leer*.

Entendemos ese *hacer leer* como el propósito educacional o pedagógico de formar lectores y ello, desde luego, comprendería los mismos ciclos que la enseñanza: primaria, secundaria y superior o universitaria.

Estaría pues en primer término la formación del lector futuro, enseñando al niño y estimulando su afición a la lectura. En el país se han hecho diversos ensayos, felicísimos, con la hora de lectura, del libro o del cuento. En nuestras IV Jornadas Bibliotecarias hemos considerado la posibilidad de generalizar estas prácticas.

Se completaría esto con los propósitos traídos por el suserito a estas Jornadas como aportes a la solución de este problema llevando a la enseñanza secundaria y profesional esta preocupación por el libro y la biblioteca con la inserción en los programas, de materias o cursos de introducción a la investigación documental y al trabajo intelectual, con especial inclusión de los aspectos bibliotecarios.

Restaría intensificar una campaña por medio de la prensa, la radio, la tribuna, etc. basada en esta sana preocupación por el libro y la biblioteca, procurando llegar hasta la mayoría posible de la población del país.

Sepamos usar esa libertad que la revolución nos ha brindado cumpliendo los deberes que la hora nos impone en beneficio de la cultura.

Para dar fin a este momento de un tan feliz intercambio de ideas que se me ha brindado, repetiré unas palabras que concretan esta invocación:

“Y por este camino —el de la Libertad— adelantándose en abrir nuevas picadas a la civilización, está el libro, está la biblioteca y, de ahí también su misma importancia y la misión que le toca cumplir por esas rutas abiertas hacia ese mundo mejor a que todos aspiramos”.

Nada más.

AMIGOS Y ENEMIGOS DEL LIBRO

"Hay un proverbio latino muy certero que reza así: *Habeat sua fata libelli* (los libros tienen su sino). El sino de los libros es a veces más extraño que el de los hombres". (15). M. Ilín.

Asignándoles personalidad así, de *ser con destino*, pienso que el libro ha entrado hace tiempo en tal categoría, pues como tal, es capaz de despertar muy hondas pasiones y, hasta dudo que haya quien pueda disputar supremacía en este poder —auténticamente suyo— de irradiar o concentrar en sí mayor número de afectos, pujanza mayor de odios

Quienes son los amigos del libro ¿...Quienes sus enemigos?

Al inquirirlo, nos preguntamos a nosotros mismos: es que buscamos ello con fines de estadística seria, de investigación, o simplemente en pose de curiosidad superficial, sopesando cuál de los dos platillos de la balanza se inclina más?

Y sinceramente contestamos que nó, que bien quisiéramos dejarlo claramente establecido para baldón de éstos y alabanzas, *gloria in excelsis*, de los buenos amigos de los libros.

Más, entrando en materia y pese a la buena intención, solo podemos concretarnos a la simple enumeración de unos y otros.

¿Amigos del libro?

Ya el citado Ilín inclina la balanza en favor de éstos diciendo: "Los libros tenían, sin duda, muchos enemigos, pero el número de sus amigos no es tampoco nada despreciable. Estos últimos se han tomado toda clase de molestias, han hecho los mayores sacrificios para buscar las obras

(15) M. Ilín. — Negro sobre blanco. Edit. Aguilar. Col. Crisol, N° 0. Madrid, 1946, pág. 470.

perdidas del genio humano. Han ido a desenterrarlas de los archivos de los conventos, de los sepuleros egipcios, de las cenizas de Herculano y Pompeya" (16).

Bien, pero permítaseme declarar que el primer amigo es el *autor*. Lo es cuando escribe cosas buenas; eso es indudable. Pero lo es también el autor que de sus experiencias vividas, aporta, aunque más no sea que un ligero hilo de agua a la corriente espiritual del mundo. Alguien observaba por ahí, que no hay libros buenos ni malos, que todos dicen "algo", como que hubo también libros y autores muy censurados o menospreciados en su época, y hasta olvidados por años y años, pero que surgieron más tarde —revalorizados, "descubiertos", etc.— elevados ya sobre pedestal incommovible. Shakespeare entre otros, "que no fué apreciado en todo su valor durante mucho tiempo", según nos lo dice ahora Schücking, relacionando el gusto literario, con el *espíritu* de la época (17).

Y siguiendo nuestro orden, es amigo el *ilustrador*, cuando interpretando autor y obra se convierte en algo así como un "co-autor". ¿Quién puede negarlos a ellos que son amigos por excelencia, desde aquellos humildes copistas de la pre-imprenta hasta nuestro Sirio, el francés Maillo, el belga Delhez, etc.? Muchos conocerán el caso de ilustradores que parecen haber nacido para serlo de determinadas obras y obras que lo han sido por tantos ilustradores como impresiones se han hecho, y aún más, como "El Quijote" que tiene más intérpretes gráficos que ninguno.

Y son amigos los *impresores*, desde aquellos nombres famosos como los Elzevir en Amsterdam y Leyden, Manuccio en Florencia, Etienne y Didot en París, que salvaron tantas obras del olvido, hasta esos impresores de todos los tiempos, cuando hacen tan esmerados trabajos, que haciendo justicia al mérito, pueden ser considerados como un "tercer autor".

Pero, unidos a impresores é ilustradores, tenemos *libreros* famosos que no solo conservaron ejemplares valiosísimos, sino que hicieron catálogos que resultaron las primeras obras de Bibliografía, con clasifica-

(16) M. Ilin. — Op. citada. pág. 475.

(17) L. L. Schücking. — El gusto literario. Col. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1950. pág. 12.

ciones propias, que aún hoy por hoy resultan obras básicas de esta disciplina.

El librero es amigo del libro y lo es también nuestro, cuando con su arte único, sabe recomendarnos uno, ese que entre 40 ó 50 vemos destacarse, con el lente que él nos proporciona, que nos atrae como si únicamente ese, estuviera en la vidriera, en el catálogo o en el aviso.

Y del *encuadernador* qué hemos de decir?

Muchas han sido las encuadernaciones que han hecho famosos a esos artistas y amigos del libro. Quién no recuerda al francés Grolier, cuya fama llegó a ser tal que en Norte América se formó una sociedad de Bibliófilos alrededor de su nombre. De su obra se hace referencia mencionando como cifra fabulosa (para esa época) los 12.000 francos que se pagaron por su magnífico Heliodoro en pública subasta, en 1887 (18).

Es amigo del libro, aquel *lector* cuyo entusiasmo desborda, incitándonos a leer también el libro que él ha gustado.

Es amigo del libro, el *bibliotecario*, cuya tarea no es sólo la de cuidar el material bibliográfico de una biblioteca, y de proporcionárselo al que lo solicita, sino el de hacer posible ambas tareas ordenándolos y clasificándolos. En esa tarea de clasificar, el bibliotecario cumple una labor análoga a la del comentarista y a la del estudioso que busca completar una bibliografía de su materia; más que ello, es todo a la vez.

¿Y cómo se puede dejar de ser amigo del libro, si decir *libro*, es decir: imprenta, autor, bibliotecario, lector, etc., todo ese mundo que gira alrededor del ser con propio destino, que es el libro, que es también maestro y amigo?

El *comentarista* de libros, tiene que ser también su amigo, porque de otra manera, no podría guiarnos como lo hace a través de las páginas de los libros, señalándonos hasta sus mejores párrafos, o indicándonos los escollos que debemos salvar...

Y hablando de amigos del libro, necesariamente, y por antítesis hemos tenido que referirnos, como de padres buenos y malos, de buenos amigos y de malos amigos... de amigos y enemigos del libro!

(18) O. Weise. — La escritura y el libro. Edit. Labor, S. A. Barcelona, (1923) pág. 135.

Y cuando hablamos de los autores, debemos citar a los que por no saber gramática, o llevados de una premura de verse convertidos cuanto antes en autores, nos ofrecen cosas malas, inacabadas, simples o sembradas de torpezas que nos hacen desecharlos y hasta ignorarlos.

Un mal ilustrador también lo es; y a este respecto recuerdo vivamente un libro que mis hijos escondían en el último rincón, porque les causaba disgusto la fea ilustración de su portada, y que tuve que desterrar de mi casa para siempre...

¿Y qué decir del impresor, cuando no pone algo de sí —a veces por no tener— y nos ofrece cosas tan malas, que... mejor es *no meneallo*. Y del mal librero, del mal lector o del peor comentarista?

Pasando por alto a ellos y, hasta a la misma polilla, llegamos hasta otro "insecto", tan gran enemigo de los libros o más que ella: es el que los ensucia, el que quiebra el libro por medio para leer, el que dobla las hojas, y el que —peor aún— los mutila.

Robar hojas de los libros, máxime siendo de una biblioteca —cuyo sinónimo es desinterés, generosidad— es el peor delito que puede cometer un ser que debemos suponer con uso de razón, y que, por desgracia, queda siempre en la impunidad, entre complacencias o ignorancias cómplices de amigos, de padres, de maestros. Alguien que comentaba y condenaba estos atropellos, concluía su catilinaria aconsejando robar el libro íntegro, lo que a su juicio era preferible a la mutilación.

Posiblemente sea así mejor —perder el libro— antes que tenerlo inutilizado, recordándonos perennemente aquel crimen.

¿Y los que se llevan los libros prestados y no los devuelven?

Las bibliotecas tienen muchos de estos *amigos... de los libros ajenos*.

Y cuántos de ellos se indignarían, si se incluyera su nombre de una lista de "amigos de lo ajeno"!...

Hemos hablado de amigos y de enemigos del libro; habría quizás que hablar también de un tipo intermedio que sin ser un enemigo, no es ni por cerca, un amigo del libro. Es aquel que no lee. Es aquel que pudiendo, no colabora con las bibliotecas. Es aquel que no solamente no hace nada *por sí mismo*, sino que no lo hace siquiera *por su pueblo o por su patria*, contribuyendo a que el nivel cultural se eleve en ellos, dignificándose y dignificando a los demás.

Pero en fin, extendiéndome demasiado en esta nómina, corro el peligro de pasar de amigo a enemigo de los lectores.

Y mi deseo era muy otro. Que bien quisiera deciros como el citado Ilin:

“Y aquí mis queridos lectores acabo mi librito, con el sólo sentimiento de haberos contado tan poco de una cosa tan maravillosa como lo es la escritura y los libros”

REFERENCIAS

Obras y autores citados

Nota (11) ABALOS, Jorge W. — Escritor argentino, autor de "Cuentos con y sin víboras", "Shunko", "Animales, leyendas y coplas", además de varios trabajos científicos y dos libros de lectura en colaboración con el prof. Octavio Corvalán.

Notas (3, 4 y 8), BALLESTROS y GAIBROIS, Manuel. — Historia de la cultura. Edit. Pegaso, Madrid, 1945, pp. 847.

Nota (6) BORGES, Jorge Luis. — Historia del libro. Conferencia en la Biblioteca Nacional. Bs. Aires, 13 de setiembre de 1956.

Nota (4) CARNOVSKY, Marian S. — Introducción a la práctica bibliotecaria. Edit. A.L.A. Chicago, 1941. pp. 146.

Notas (15 y 16) LIN, M. — Negro sobre blanco. Colec. Crisol N° 0. Edit. Aguilar. Madrid, 1946. pp. 488.

Notas (1, 5 y 10) ORTEGA y GASSER, José. — El libro de las misiones. La misión del Bibliotecario. Colecc. Austral, Espasa Calpe. Bs. Aires, 1940. pp. 172.

Nota (12) REYES, Alfonso. — Las burlas veras. Artículos literarios publicados en "Vida Universitaria" de la Universidad de Nuevo León, México. 1956. N° 264.

Nota (14) ROMERO, Francisco — Bibliotecas vivas. Artículo publicado en "La Vida Literaria". Bs. Aires, 1930. N° 25.

Nota (17) SCHÜCKING, L. L. — El gusto literario. Colec. Breviarios. Fondo de Cultura Económica, México, 1950. pp. 179.

Notas (9 y 13) THOREAU, David Enrique. — "Walden o la vida en los bosques". Colec. El Navío. Edit. Emecé. Bs. Aires, 1945. pp. 329.

Nota (2) WEBER, Alfred. — Historia de la Cultura. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1945. pp. 465.

Nota (18) WEISE, Oscar. — La escritura y el libro. Colec. Biblioteca de Iniciación Cultural. Ed. Labor S. A. Barcelona, 1923. pp. 146.



IMPRESA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN (ARGENTINA)